

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto, una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. La constancia.—II. Santificar las fiestas.—III. La murmuración.—IV. A la memoria del insigne poeta D. Manuel Breton de los Herreros.—V. La Rata (cuento).—VI. ¡Maria!—VII. El niño perdido.—VIII. El amor maternal.—IX. De un drama inédito.—X. La fabula.—XI. El primer desengaño.—XII. La música.—XIII. El jaco de D. Quijote.—XIV. Enciclopedia infantil.—XV. Teatros.—XVI. Bibliografía.—XVII. Charada, jeroglífico y soluciones.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

LA CONSTANCIA

Ley á que todos estamos sujetos es el trabajo. Por él se llega al perfeccionamiento del hombre, á la prosperidad de las naciones.

El atiende á satisfacer las más perentorias necesidades, y sin su cooperación no sería posible la existencia.

Pero así como una máquina necesita para funcionar, aparatos que hagan uniforme y fructífera su marcha, del mismo modo el trabajo ha menester, para que dé resultados positivos, de un equilibrio nivelador y activo que le desarrolle con ventaja.

Tal es la constancia.

De nada sirve tener condiciones naturales favorables para la laboriosidad.

Nada vale el estar animado de una voluntad de hierro, para alcanzar un objeto.

Inútil es trabajar con ahínco en los primeros instantes, si á los cortos momentos de comenzada la obra, el cansancio y el desaliento vienen á paralizar nuestras facultades.

Hé ahí por qué la constancia es el complemento del trabajo, su vida, su esencia.

Esta es la razón que hemos de tener presente, al emprender un estudio.

Todo será en balde, si se desmaya en el camino.

Es verdad, que todas las inteligencias no son iguales.

Cierto es, que todos los hombres no estamos dotados del mismo desarrollo de potencias del espíritu.

Indudable, que Dios no á todos repartió sus dones por igual.

Pero, si bien todo esto es verdad, mucho más lo es que el trabajo continuo vence cuantas dificultades individuales nacen con la criatura.

Ejemplo y enseñanza de ello nos dan muchos grandes hombres de la antigüedad.

Séneca, orgullo de España, maestro de aquel aborto de la naturaleza que, para infamia de la humanidad, se sentó un día en el trono de los Césares, dijo con sobrada razón en una de sus epístolas:

—Nada hay que no venza un trabajo constante y un cuidado exquisito.

El mentor de Neron conocía á fondo la naturaleza del hombre, cuando pronunció un axioma como aquel.

El cisne mantuano, el gran Virgilio, sabía, y así lo dice en sus Geórgicas, que el trabajo continuo lo vence todo.

¡Qué verdad es que una voluntad firme y una constancia á toda prueba, son el punto de apoyo que Arquímedes pedía para mover el mundo entero!

El que desmaya, no es digno de ser contado en el número de los seres útiles á la sociedad.

¡Ay del que ceja desde el primer momento!

Demóstenes, el gran orador griego, fué des-

TOMO III

pedido á gritos y silbidos, la primera vez que dirigió su voz al pueblo en la tribuna de Atenas.

No era extraño.

Era tartamudo, y se explicaba de la peor manera.

No por aquel fracaso desistió el orador de su carrera.

Sabía que el trabajo y la constancia todo lo pueden, y fundado en esto, se echaba piedrecillas en la boca, y á fuerza de hablar de esta manera, llegó á pronunciar perfectamente.

Ibase otras veces á las orillas del mar y dirigía su voz á las olas.

Las primeras veces, el rugido de éstas ensordecía la voz de aquel, pero á fuerza de tiempo, llegó á dominarlas con su palabra.

Quien de este modo se sobrepuso á la naturaleza, no es extraño que dominase la ira popular, cuando su frase se encaminaba á sus conciudadanos.

Es que la voluntad hace milagros.

Es que la naturaleza también se dá por vencida, si encuentra una inteligencia que sepa imperar sobre ella.

Diógenes pasó su niñez en la vagancia y en el vicio.

Hombre ya, conoció que su puesto en la sociedad era bien bajo y mezquino.

Entonces entró en él el deseo de estudiar. Fué á la escuela de Antísthenes, á aprender filosofía.

Un día que los discípulos de este no hacían caso de sus lecciones, los expulsó de la cátedra.

Diógenes fué el único que continuó impasible en su asiento.

Indignado Antísthenes por esto, se dirigió á él y le castigó con un palo.

—Pega lo que quieras, maestro, contestó sumiso aquel gran filósofo; no podrás encontrar un palo tan duro que me obligue á salir de este recinto.

Esta respuesta dejó estupefacto al maestro.

Conoció que Diógenes quería saber de verdad.

Desde aquel día, maestro y discípulo fueron entrañables amigos.

La voluntad gigante de Diógenes hizo de él lo que la misma naturaleza no había conseguido.

Es, pues, preciso trabajar, porque esa es nuestra ley, pero hay que hacerlo sin interrupción, si el provecho ha de ser abundante.

No hay que echar en olvido, que las obras más maravillosas fabricadas por la mano del hombre, se deben á sus incesantes desvelos.

Sin esto, no es posible alcanzar el término de nuestros afanes.

La ciencia es larga y breve la vida, dice la antigua sentencia.

Si á los cortos años que dura la peregrinación del hombre sobre la tierra, se añade la holganza y el descuido para aprender, no hay

duda que llegaremos al borde del sepulcro más ignorantes que cuando nos mecíamos en la cuna.

Porque á la rudeza natural, se unirá la que nos den los vicios y las pasiones.

El tiempo no debe perderse, porque vale más que las riquezas.

El nos proporciona la ciencia y el bienestar que procede del trabajo.

Pero ni aquel, ni este, producirán sus frutos, si falta lo más esencial.

La constancia.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

SANTIFICAR LAS FIESTAS

(TERCER MANDAMIENTO)

Oid: se santifican
las fiestas todas,
haciendo caridades
y buenas obras.
El que esto cumpla,
puede vivir seguro
que Dios le ayuda.

Acudid á la iglesia
si vais contritos,
de religioso celo
sobrecogidos;
en testimonio
de cumplir los deberes
de buen católico.

Mas no solo con rezos
y con oficios,
Rosarios y sermones
habreis cumplido.
Lo más os falta.
Que respondan las obras
á las plegarias.

Si no, golpes de pecho,
agua bendita,
estar arrodillados
horas seguidas,
Novenas, Salves,
paternostres y Credos
serán en balde.

La religion que salva
nos preceptúa
fraternales costumbres,
buena conducta,
rectos instintos,
y fervor, que es la base
del cristianismo.

Del impostor que llega
á los altares,
los rezos son perjurios
más que homenajes.
Pues que los dicta
el miedo enmascarado,
la hipocresía.

Por tanto, mis lectores,

de Dios la casa,
antes que os preste abrigo,
tened la planta.
Sin previo exámen,
no paseis descuidados
esos umbrales.

El que peca y reincide
veces sin cuento,
sin pensar en la enmienda,
yendo á los templos,
¿qué solemniza?
¿las fiestas? no, pues antes
las sacrifica.

VÍCTOR NAVARRO

LA MURMURACION

Semejante á esos mosquitos imperceptibles, que vulgarmente llamamos beatas, y que de una manera silenciosa, pero penetrante, clavan su agudo aguijón en la carne del pobre, duramente, sin que éste pueda defenderse del invisible enemigo, por lo mismo que es tan traidor y tan pequeño, los que tienen el hábito de la murmuración y de la eterna censura, clavan su lengua envenenada, ó sea su ponzoñoso aguijón á espaldas de su víctima indefensa, sirviéndose de las armas del ridículo, si no encuentran pretexto para hacer uso de las más expuestas de la difamación.

Para librarse de esas pequeñas miserias no basta pasar sobre ellas casi con el equilibrio de un Blondin, que cual perritos falderos muerden los pies, si no pueden llegar al corazón. No basta tampoco ser leal en la amistad, afable con todo el mundo, incapaz de faltar á nadie, intachable siempre, que todo esto son nuevos incentivos para que la murmuración busque pequeñeces donde cebarse á falta de graves motivos. ¿Quién puede librarse de ella!

La murmuración es, en general, hermana de la calumnia; pero en algunas ocasiones, tal vez con demasiada frecuencia, suele engendrarla con una palabra maliciosa que toma y toma cuerpo al pasar por cada boca, y llega, como la bola de nieve, á ser montaña lo que solo era diminuto grano. Hay almas timoratas que creen inofensiva su, al parecer, inocente murmuración. ¡Qué fatal error!

Todos hemos visto alguna vez nacer de una simple charlatanería de vecindad una desagradable sospecha, de ésta la amarga duda, tras ella la falsa certidumbre, que suele ser hija de la obcecación del momento, y surgir como último eslabón de la fatal cadena una de esas catástrofes que llevan el terror á todos los ánimos, el luto á una familia y la deshonra y el remordimiento, ya á un hombre obcecado, ya á una mujer extraviada.

¡Oh! y no se crea que la murmuración es vicio exclusivo de la mujer, no tal. En los círculos en que se reúne la juventud del sexo fuerte, anda aún más ligera la crítica, más lista la censura.

En ellos murmuran unos de la coqueta que los engaña y marea, sin pensar que si no hubiera hombres *cándidos*, no habría coquetas; otros á la joven seria y digna que con su gravedad les dice: «¡Alto allá!» Al criticar lo cual, olvidan que la ligereza y condición va-

riable de la mayor parte de los jóvenes del día, impone esa prevención á la que no quiere ser víctima del primer *conquistador*; este se rie de las inocentes que creen enseguida en sus palabras de miel, y de la mujer sin instrucción que escribe hasta sin hache, calificándola de tonta aunque no lo sea; aquel que se ocupa en términos poco *galantes* de la que tiene no comun ilustración, acaso por ser superior á la suya, corta también á sus propios amigos, y todos á coro murmuran de la mujer en quien suponen talento; porque han de saber ustedes, y lo digo muy en secreto, que los hombres (no todos, por fortuna) no perdonan nunca á una mujer el crimen de tener una inteligencia superior y algo ilustrada; contra esas que se señalan en cualquier arte y tienen la osadía de pretender elevarse una línea del comun nivel, dirigen las armas, no las de la crítica razonada y digna que se muestra á la luz del sol, sino las oscuras y traidoras de la murmuración, que esgrimen por la espalda y hunden donde pueden.

Sin duda para estos eternos censores de todo lo que no comprenden, escribió Moratin su célebre epigrama: «Tu crítica majadera—de los dramas que escribí,—Pedancio, poco me altera;—más pesadumbre tuviera—si te gustaran á tí.»

Parodiando lo cual, aconsejamos á los que sientan alguna vez la picadura de los murmuradores, que digan: «Más pesadumbre tuviera, si me elogiara tú.»

La murmuración, comun á entrambos sexos, es, no nos cansaremos de repetirlo, uno de los cánceres de nuestra sociedad; aún cuando no se ocupe de cosas graves, produce siempre disgustos; pero hay ocasiones en que trae terribles consecuencias, y es causa de grandes perturbaciones en las familias.

Oponiendo todas las personas de recto juicio é incapaces de ocuparse en mal sentido de los demás, la calma del desprecio y la más formal reprobación á las murmuraciones de los desocupados y de los pretendidos sábios que nada saben, acaso se consiga librar de esa plaga á nuestra sociedad. Cuando una parte del cuerpo humano está gangrenada, se corta el miembro para evitar el contagio; siguiendo tan radical procedimiento, arrojen todas las clases de la sociedad, de los círculos que frecuentan, á los atacados de tan feo vicio, para que más no se propague, y se evitarán muchos males.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

Á LA MEMORIA

DEL INSIGNE POETA

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

DÉCIMAS LEIDAS EN EL TEATRO ESPAÑOL POR EL ACTOR

DON ALFREDO MAZA

Aquí, en el templo del arte,
con el dolor de tu muerte,
yo, el último en comprenderte
y el primero en admirarte,
vengo humilde á tomar parte
en la entusiasta ovación

que hoy te hace España, Breton;
pues tu númen galardona,
ciñéndote la corona
de Moreto y Calderon.

Bien haya la alegre musa
de tan claro ingenio hija,
que á la par que regocija,
el vicio más torpe acusa!...
Si hoy la Parca le rehúsa
la existencia material;
si el rico y puro raudal
de su inspiración secó,
muerte á su genio no dió,
porque el genio es inmortal.

Quien, como él, dió claro indicio
de honradez y rectitud,
practicando la virtud,
ridiculizando el vicio,
tiene vida en su buen juicio,
su modestia le enaltece,
su talento lucha y crece,
sin que en la lucha sucumba,
y aún á través de la tumba
su ingenio brota y florece.

Mas ¡ay! que es pobre mi lira,
y pobre también mi canto,
para aquel que vale tanto
y que tan alto se mira!...
Pero mi acento se inspira
en los afectos sinceros;
y el que respete los fueros
del talento y de la gloria,
respetará la memoria
de Breton de los Herreros.

JOSÉ BUSTILLO.

LA RATA

CUENTO

Recordareis, queridos lectores, que por la mar andan gran número de ladrones á quienes se llama piratas.

Estos piratas navegan en barcos hechos á propósito para sus robos y piraterías, esto es, buques ligeros para embestir con rapidez á los barcos de comercio, ó para huir con prontitud, si los persiguen ó encuentran resistencia.

Uno de estos buques, y por cierto de los más grandes y veleros que en cierta época poseían los piratas, tenía por jefe á un renegado, que al cambiar de religión, se había hecho poner el nombre de Mustafá.

¡Desgraciados los cristianos que eran apresados por Mustafá! El bárbaro se complacía en someterlos á los más crueles tratamientos, por lo que sus cautivos se encontraban mucho menos infelices desde el momento en que salían de su poder al de otro amo cualquiera.

Hacia cuatro días que Mustafá había despachado en el puerto de Argel un cargamento de cristianos, que cautivara cerca de Barcelona. Por un capricho puramente oriental, Mustafá no quiso vender un hermoso niño de once años llamado Salvador, reservándole á bordo de su barco para que le encendiera la pipa del tabaco y le sirviera la copa, en sus orgías.

De nada sirvieron para aquel hombre sin corazón las lágrimas y las súplicas de Salvador, solicitando ser vendido al mismo amo que compraba á su padre. Mustafá le hizo amor-

dazar para no oírle, y el desgraciado niño en esta disposición, fué arrojado como un fardo sobre el entrepuente del buque.

Realizada en Argel la venta de su última rapiña, Mustafá había largado velas de este puerto á buscar nuevas presas, y ya se ha dicho que hacia cuatro días se encontraba en alta mar.

Fácilmente se comprende que la veintena de foragidos que constituían la tripulación del barco de Mustafá, eran todos ellos dignos de su jefe por sus infamias y ferocidad.

Satisfechos aquellos bandidos con los productos de su última presa, celebraban sobre el puente del barco una infernal orgía, entregándose al más báquico desorden, rodeados de botellas.

Sentado en medio de sus camaradas Mustafá, presidía la saturnal, haciéndose servir el vino y los licores por el pobrecito Salvador, que conteniendo con mucho trabajo sus lágrimas, se encontraba aturdido entre las voces y canciones de aquella horda de malvados.

Para que nada faltara á amenizar tan horrible fiesta, una de las veces que el encargado de servir los licores había bajado por estos á la bodega, volvió á aparecer con cuatro botellas en una mano y un cepo en la otra.

Dentro del cepo habían caído dos grandes ratas, y nada podía ser más divertido para aquellos demonios que concluir su bacanal gozándose en los tormentos de los pobres animales.

Entre atronadores hurras y aclamaciones, aquellos bandidos ataron una cuerda al rabo de cada rata, y sujetas de este modo, las sacaron del cepo. Después de discurrir cada uno de aquellos desalmados la manera de atormentar á aquellos animales del modo más cruel, prevaleció la idea de que se las rociara con aguarrás, y se las encendiese después.

Acto continuo, se procedió á verificarlo con una de las ratas; pero la muerte casi instantánea del animal, efecto de haberla empapado con el líquido corrosivo, no satisfizo, por su poca duración, á aquellos infames, y resolvieron atar á la otra rata un trozo de pajuela azufrada que, cogiéndola desde la punta del rabo hasta la cabeza, la fuera abrasando lentamente, conforme se fuese corriendo el fuego, y de este modo tendrían tiempo de gozar y recrearse con los tormentos del animal.

Ebrios todos ellos por efecto del vino y con sus infernales pasatiempos, no pudieron apercibirse de lo que Salvador había practicado, aprovechando su borrachera é inícu distracción.

Este valiente y animoso niño, tan pronto como vió la preocupación de sus verdugos en idear y practicar tormentos para las ratas, con un valor y una resolución superior á sus años, hizo el propósito de morir, antes que seguir en la sociedad de semejantes fieras, y, aunque sin esperanza alguna de conseguir su libertad, proyectó la evasión del buque donde se albergaba.

Atendido el estado de embriaguez de los piratas, no le costó gran trabajo á Salvador

ocultar entre sus ropas un afilado cuchillo de los que servían en el festín, y en seguida se deslizó por uno de los costados del barco, donde iba amarrado con un cable un pequeño bote, casi al nivel de la superficie de las aguas.

Dentro ya del bote, con el cuchillo cortó el cable que le sujetaba al buque, y éste, que marchaba con bastantes velas y viento favorable, no tardó en estar alejado dos millas del bote.

Pero ¡oh desgracia! Los piratas formaban corro sobre el puente del barco, para que no pudiese salir de él la pobre rata con la pajuela encendida; en una de las embestidas que echó el animal por la parte de popa, miró uno de ellos en esta dirección, y no solo percibió el bote, sino que distinguió á Salvador dentro de él, que de rodillas y con las manos cruzadas, imploraba la protección de la Reina de los Angeles.

Una blasfemia horrible del bandido, acompañada del ademán más amenazador, hizo á sus compañeros y al capitán dirigir la vista al bote.

—¡Ah, pequeño perro!—rugió en el paroxismo del furor el infame Mustafá.—¡Vas á quedar sin piel á zurriagazos! ¡Cambie el rumbo, y á recoger á ese rapaz!

Inmediatamente se ejecutó la maniobra, haciendo á las velas cambiar de posición, y pocos momentos después el buque marchaba recto al esqui, donde Salvador, que se había apercibido de la maniobra y de que venían á buscarle, estaba ya poseído de mortal terror.

No separaban 200 brazas á las dos embarcaciones, cuando instantáneamente el buque pirata se transformó en una inmensa llama, oscurecida por los más terribles torbellinos de humo, y con un espantoso estallido, voló por el aire el barco y cuanto contenía.

Salvador perdió el conocimiento, y cayó desplomado en el fondo de su pequeña embarcación.

Aquel suceso había ocurrido de este modo:

Al apercibirse los piratas de la fuga del niño, y al saborear en lontananza la diversión que les iba á proporcionar su bárbaro castigo, se olvidaron de la rata que, con la pajuela encendida, huyó hasta el entrepuente donde se hallaba el polvorín ó Santa Bárbara del barco, y colándose el animal por el agujero de un tonel lleno de pólvora, ésta se encendió, y por consiguiente, toda la que había, haciendo volar el buque.

Iba ya cerrada la noche del día en que ocurrieron estos acontecimientos, cuando Salvador volvió de su desmayo y se encontró acostado en una cómoda hamaca marinera y asistido cariñosamente por un venerable anciano que vestía el sayal de religioso de la Merced.

En los primeros momentos creyó que cuanto había presenciado era efecto de una pesadilla; pero el anciano religioso le enteró bien pronto de la realidad, haciéndole saber que, viajando él y otra docena de frailes de su Orden hacia Argel, para cumplir la piadosa y cristiana misión de *redimir cautivos*, había oído el estruendo de la voladura de un barco,

y dirigiéndose su nave hacia donde se sintió el estampido, por si les era posible salvar alguna víctima, desde lejos vieron fluctuar el bote, por lo que, aproximándose á él, encontraron al pobre niño desmayado en el fondo, trasbordándole á su buque, donde le habían prodigado los cuidados que necesitaba.

Salvador, en el colmo de su alegría, besó las manos de los monjes, sus salvadores, que le llenaron de caricias y le exigieron que les refiriese su historia.

El niño les enteró de ella, y al concluir, se arrojó á los pies de aquellos santos varones, suplicándoles con lágrimas que, toda vez que iban á Argel con la santa misión de redimir cautivos, entre éstos se hallaba su padre, y les pedía por Dios que fuese uno de los rescatados, pues de no ser así, estaba decidido á quedarse al lado del que le había dado el ser, para consolarle y correr su misma suerte.

Conmovidos los religiosos ante la piedad y el cariño filial de aquel pequeño héroe, y convencidos de que lo haría como lo decía, en vista de la historia que les acababa de contar, le prometieron lo que deseaba; y una vez llegados á Argel, se lo cumplieron, entregando en los brazos del cautivo rescatado á su hijo Salvador, á quien aquel infeliz apreciaba más que su propia libertad.

Padre é hijo vinieron á España con los religiosos que los habían libertado, donde alcanzaron larga y feliz vida, empleándola en trabajar mucho para adquirir dinero que, salvo lo indispensable para atender á sus modestas necesidades, todo era entregado á los frailes Mercenarios, con el objeto de aumentar con ello la limosna recogida en los países cristianos, destinada exclusivamente á la *misericordiosa obra de redimir cautivos*.

CAYETANO COLLADO

¡¡ MARÍA!!

Entre celajes y nubes,
de luz eterna vestida
y en alto trono subida,
ved á la Madre de Dios.

En torno sus blancas alas
desplegan los querubines,
que se agrupan en los fines
de la celeste Sion.

Radiante como la luna
y de estrellas coronada,
una sierpe tiene hollada
bajo su pié virginal.

Y cándida y pudorosa,
abate los dulces ojos
con que suele los enojos
del Eterno mitigar.

Sobre su pecho, que anima
el gozo más inefable,
risueña cruza, y amable,
sus manecitas de amor.

Y en éxtasis arrobada,
y en dulcísimos placeres,
la Bella entre las mujeres
está en la feliz Mansion.

MANUEL LASO HURTADO

EL NIÑO PERDIDO

Postrada sobre la cuna,
mirando muerto á su niño,
álzase resuelta y brava
una madre en su retiro.
Sin lágrimas que verter,
el pecho de horror transido
y crispadas ambas manos,
en un cuadro peregrino
de la Virgen del Carmelo,
clava sus ojos altivos;
y con balbuciente lengua,
hiriendo sus piés el piso,
así á la Madre de Dios
puede hablar en su delirio:
—¡Madre! si mi Madre sois,
pues que á ser Madre, colijo
que ni en mi pena gozárais,
ni burlárais mis suspiros,
¿qué os hizo el hijo del alma,
todo amor, todo cariño,
para consentir su muerte,
su muerte, que es mi martirio?

¿No le escuchásteis rezar
vuestro rosario bendito,
sentado sobre mi falda,
siempre en vos los ojos fijos?

¿No le oísteis repetir
su *Ora pro nobis* sencillo,
al cantar la letanía,
la que hoy le llora perdido?

¿Vuestro escapulario hermoso
no vistió, como yo visto,
llamándoos al despertar,
soñando con vos, dormido,
y llevando á vuestras aras
flores y mágicos himnos?

Su salud al suplicaros,
os recordé los suplicios
que, huyendo una vez, sufrísteis
en el camino de Egipto,
para salvar á Jesús
de un implacable cuchillo.

Os recordé que otra vez
llorásteis su amor perdido,
si, con más suerte que yo,
bello, radiante y magnífico,
en el Templo le encontrásteis.

¿En dónde encontrar mi hijo?
¿Por qué me le arrebatáis?
Aún arde ante vos el cirio
que, en mi esperanza, os brindé,
segura en vuestros auxilios.

Y esos auxilios no llegan.....
y dais, cruel, al olvido
que fuísteis Madre, y que yo
soy madre también. ¡Dios mío!

Y al hablar la triste así,
siente un alegre suspiro,
y..... «¡Madre! Vísteme ya,»
escucha decir al niño.

Al niño, que está curado,
y que de un sueño tranquilo
volviendo, pronuncia el nombre
de la flor del Paraíso.

—¡Perdon, perdon, Virgen mía!
clama en acento contrito
aquella mujer dichosa,
hechos sus ojos dos ríos.

¿Quién mejor Madre que vos
si, de mi injuria en castigo,
volvísteis el alma y la vida
con la vida de mi hijo?

Y, de rodillas cayendo
ante el cuadro peregrino,
reza á la Virgen, deshecha
en lágrimas y suspiros.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO



EL AMOR MATERNAL

Adam cometió un pecado enorme en los primeros días de su existencia.

Desobedeció las órdenes del Eterno.

Aquella falta trajo sobre la humanidad un sinnúmero de desventuras.

Las lágrimas, desde entonces, no han desaparecido del mundo.

Porque es tal el cúmulo de dolores y desgracias que han descargado sobre el hombre, que la historia de éste puede ser compendiada en esta sola palabra: sufrimiento.

Dios arrojó á nuestros primeros padres del paraíso de los placeres.

Marcó á cada uno de ellos sus obligaciones y los límites de sus obras.

Y al decir á Adam que con el sudor de su frente ganaría el pan, indicó también á Eva que tendría hijos con dolor.

Las palabras del Omnipotente no pueden faltar, porque son inmutables.

Por eso, desde aquel día de luto y desolación universal, el hombre trabaja para cumplir su sentencia.

La mujer, á su vez, dá á luz sus hijos entre los dolores más atroces.

Pero Dios, que si bien es justo, es eminentemente misericordioso, compensó las penas de su tremendo fallo con las dulzuras del trabajo y las delicias de la maternidad.

Satisfacción inmensa, sí, halla el hombre en el cumplimiento de sus deberes y en los abundantes frutos que le producen sus afanes.

Delicias inefables, encuentra la mujer, al ser madre y estrechar en sus brazos al hijo de sus amores.

El cariño maternal es una bendición del Cielo.

Es una parte de las dichas del Edén, desprendidas de la inmensidad, para alentar á los mortales.

¡Oh, yo veo una poesía dulce, delicada, ideal, casi fantástica, en la mirada cariñosa que una madre dirige á sus hijos!

Ese amor inapreciable, ajeno de toda mira interesada, es la mejor compensación que el Infinito pudo dar á la mujer, después de imponerle el castigo de su culpa en el Paraíso terrenal.

¿Quién sabe si entre tantos placeres que albergaba aquel jardín fabricado por la mano del Altísimo, no habría uno solo que pudiera semejarle con las glorias maternas!

Está vedado á la razón del hombre percibir distintamente de qué región procede, cuando aparece sobre la tierra.

Pero por muy gloriosa, por muy grande, por muy infinita que sea, más infinita, más grande y más gloriosa, es la atmósfera en que respira, saturada del embalsamado aliento de la madre é iluminada con el destello de sus dulcísimas miradas.

El cariño de una madre es la segunda naturaleza del hombre... tal vez su única esencia.

La mujer es la que forma al hombre.

Si quereis descubrir el nervio primordial que vivifica una nación, estudiad sus mujeres.

Allí donde la dulce compañera del hombre sea la reina del hogar, la mentora sabia y discreta de sus hijos, la sociedad tendrá savia suficiente para desarrollarse con exuberante vida.

Allí donde la mujer sea tratada como esclava y de peor condición que sus hijos, la nación será bárbara é ignorante.

Puede decirse, pues, que la mujer es el barómetro infalible que marca la mayor ó menor altura de la civilización de un pueblo.

No es extraño.

La mujer, como hemos dicho, es la que forma al hombre.

Le dá existencia física, vida moral, costumbres y carácter.

Y esto, no con la entereza del juez ni con la severidad del legislador.

Hay una sanción más fuerte que todo esto.

La que le presta su amor de madre.

Por eso Esparta tuvo soldados, y Roma produjo héroes.

La mujer espartana enseñaba á sus hijos las durezas del trabajo y las penalidades de la campaña.

Así es, que el espartano marchaba desde la cuna al campamento.

Aquel heroísmo sublime del Paso de las Termópilas tenía su germen en las mujeres de la patria de Leonidas.

Las matronas de Roma eran amantísimas para sus hijos, pero negaban el ósculo amoroso al que volviese en el combate las espaldas al enemigo.

De esta suerte, fácil es comprender por qué la reina del mundo produjo Camilos y Cincinatos.

Las coronas de la ovación que recibían los vencedores en el Capitolio, eran debidas á las altas virtudes de las austeras hijas del Tiber.

El amor de una madre puede trastornar, á veces, hasta las leyes de la historia.

Ved á Isaac ciego y rodeado de sus dos hijos, Jacob y Esaú.

Este último era el primogénito y estaba destinado, por tanto, á recibir las bendiciones y la herencia paterna.

Jacob no tenía derecho, según las costumbres patriarcales, á vivir en la cabaña de su padre, el día que éste espirase.

Pero tenía un ángel tutelar que velaba su sueño con la mayor solicitud: su madre Rebeca.

Esta quería para el amado de su alma todos los bienes del mundo.

Y no pudiendo conseguirlo fácilmente, recurrió á la extratajema que con tanta sencillez nos pinta la Sagrada Escritura, vistiéndolo á Jacob con la piel de cabrito, para que de este modo obtuviese las promesas de Abraham.

El amor de Rebeca hacía su hijo, hizo que de la descendencia de éste naciese el Redentor de los hombres.

La madre es sin duda el espíritu tutelar que Dios pone á nuestro lado para enseñarnos la senda de la felicidad.

Su cariño no tiene límites.

Es tan inmenso como Dios.

JOSÉ MARÍA MEDINA



AMOR MATERNAL (cuadro del Sr. Lobrichon).

DE UN DRAMA INÉDITO

.....
 La juventud es un ave
 que apenas nacida, vuela
 del tiempo en el raudal aire;
 la belleza es un perfume
 que se disipa al tocarle;
 y la fortuna una loca,
 y como loca inconstante:
 todo ilusion de ilusiones,
 vanidad de vanidades;
 pompas que un soplo levanta,
 y que otro soplo deshace;
 olas que avanzan altivas,
 amenazando tragarse
 cielo y tierra, cuanto abarca
 el pensamiento insondable,
 para rendir abatidas
 la espuma de su oleaje
 ante unos granos de arena,
 despojo de tempestades.

ABDON DE PAZ

LA FÁBULA

La inclinacion del hombre hacia la *Fábula* no puede ser más innata de lo que es. Su imaginacion propende naturalmente á mercedse en los espacios de la ficcion, y su curiosidad se goza en la region de los cuentos y de las alegorías.

Tan cierto es esto, que á poco que se estudie al género humano en su cuna, nos saldrán al encuentro las parábolas en la historia de todos los pueblos.

El libro más autorizado y antiguo que se conoce, la *Biblia*, abunda maravillosamente en este género de doctrinas: dígalos, si no, la fábula de las plantas que tratan de elegir rey, y se ven al cabo precisadas á alzar pendones por la cambronería (1), bien así como la infinidad de parábolas á que recurria el divino Maestro para ilustrar á las turbas, que, con tener ojos, oídos y pies, ni sabian ver, ni oír, ni andar.

A imitacion de la Sagrada Biblia, pululan asimismo en argumentos á nuestro favor los historiadores profanos de la antigüedad. Valga por todos ellos Tito Livio, al narrar el suceso de Menenio Agripa cuando llamó al orden á la plebe que, insurreccionada contra el Senado, se fugara al monte Aventino (año 492 de Roma), proponiéndole el apólogo de los miembros del cuerpo conjurados contra el estómago.

Y es que los legisladores y gobernantes no encontraron medio más gráfico y expresivo de enseñar las altas verdades religiosas, morales y políticas á los pueblos, que el de representárselas por medio de símbolos, emblemas y alusiones.

No es esto todo: el espíritu humano, despota el más soberbio que se conoce, rechaza cualquiera verdad que le da su rostro de una manera terminante, directa y severa; al paso que, casi sin sentirlo, rinde culto y vasallaje á esa misma verdad, cuando se le presenta encubierta y ataviada con el ropaje de la ficcion.

De todos modos, bien deba su origen, en

cuanto á la forma, á la razon, que, tímida y circumspecta en los labios de un esclavo, se haya valido de ese lenguaje prestado para darse á entender á su señor sin herirle en su amor propio, ó ya que recorriera un filósofo ese camino indirecto, para no caer de la gracia de los hombres, ó buscar ésta, si por ventura aún no habia llegado á alcanzarla, lo cierto es que semejante invencion entra á la parte de las que más honran el talento de la humanidad, y de las que mayores servicios le prestan.

Porque, antes de aparecer desnuda la verdad á los ojos del hombre, consigue de él que, por medio de semejante artificio, transija con su orgullo; porque le proporciona la satisfaccion de un descubrimiento, le evita lo enojosa que es siempre una reconvencion, le ahorra lo desagradable de una leccion dura, clara y terminante, y, en suma, porque una vez divertida la mente á desentrañar el verdadero sentido de la fábula, no tiene tiempo suficiente para poder levantarse airada contra el precepto, pues cuando repara en ello, déjase ver la razon en toda su lucidez, quedando desarmadas por completo las pasiones humanas.

Tal es, en resumen, la razon de ser de la *Fábula*, y su antigüedad; tales las ventajas que ofrece.

Vamos á demostrar ahora tales ventajas por medio de un ejemplo; y sea el que nos presenta Samaniego en la fábula que lleva por título

LA MONA

*Subió una mona á un nogal.
 y, cogiendo una nuez verde,
 en la cáscara la muerde,
 con que le supo muy mal.
 Arrojóla el animal,
 y se quedó sin comer.
 "Así suele suceder
 á quien su empresa abandona,
 porque halla, como la mona,
 al principio, que vencer."*

Ahora bien, si á un niño desaplicado se le dice lisa y llanamente que, aún cuando se le resista el estudio, es preciso que se dedique á él, si no prefiere hacer en su día un papel desairado en el seno de la sociedad, es muy de temer que las espinas y asperezas del estudio prevalezcan en su ánimo sobre el amor propio que se trata de excitar; pero, si á dichas consideraciones se agrega el ponerle de manifiesto la conducta imprudente de la *Mona* de la fábula, lo más probable es que, al reconcentrarse en sí mismo, exclame para sus adentros:

«¡Calle, pues es verdad! ¡Miren qué *Mona* tan tonta! Si ese animalejo hubiera tenido un poco de paciencia para descortezar la nuez, el amargor que la cáscara le habia producido al principio en su paladar, pronto se hubiera convertido en el grato sabor que le hubiera proporcionado el fruto que dentro se contiene.»

Y de deduccion en deduccion, no habria tardado en hacer de aquel suceso la aplicacion conveniente al estado en que él se encuentra, tocante á la repugnancia que le inspira el estudio.

Tome, pues, ejemplo de la *Mona* de la fábula el niño á quien se le resiste en un principio aprender su leccion; sepa, de una vez, que, para coger, es preciso sembrar antes; y no eche en olvido, que todas las espinas que al paso le salgan cuando empiece sus estudios, se tornarán dentro de poco tiempo en otras tantas rosas, cuya belleza y suave aroma llegarán á ser, en día no lejano, ornamento de su educacion, honra de su familia, y buen olor de la sociedad.

JOSÉ MARÍA SBARBI



EL PRIMER DESENGAÑO

Era una flor que vivía
 en un hermoso vergel,
 y cuando empezaba el día,
 un ruiseñor á él venía,
 que su vida estaba en él.
 Su alegre voz resonaba
 de una rosa en rededor,
 y cuando el sol se apagaba,
 á su canto acompañaba
 un ¡ay! de intenso dolor.

Llorando sobre una loma
 la aurora esperaba allí,
 y cuando su luz asoma,
 la flor dice con su aroma:
 ¡no te olvido, pienso en tí!
 De la planta en el regazo
 se contaban sus amores,
 y de una rama en el brazo,
 formaban los dos un lazo
 que envidian las otras flores.

Gozando de su ventura,
 el amor quedaba impreso
 en el lago, en la espesura;
 un día en la frente pura
 de la flor, resonó un beso.
 Huye el galán inhumano;
 un hombre se precipita,
 la rosa suspira en vano,
 cortó su tallo lozano,
 y al suelo cayó marchita.
 De angustia exhaló un lamento,
 viendo en el polvo sus galas,
 y sin escuchar su acento,
 tendió el ruiseñor sus alas
 y atravesó el Firmamento.

¡Pobre flor! no pudo ver
 en su entrañable sentir
 y en su intenso padecer,
 que el empezar á querer
 es empezar á sufrir.
 Cruel verdad que hace daño,
 y destroza el corazón
 virgen de doblez y amaño.
 ¡Con la primera ilusion
 nace el primer desengaño!

RAMIRO MARTINEZ APARICIO



LA MÚSICA

El origen de la música se pierde en la oscuridad de los tiempos.

Desde los primeros momentos de la vida humana, las explosiones del alma, los acentos de sorpresa y admiracion, esas notas delicadas del sentimiento, debieron herir el espacio, al contemplar el hombre, lleno de ternura ó de terror, el grande y soberbio espectáculo de la naturaleza.

(1) *Libro de los jueces*, cap. IX.

La edad primera de la criatura racional fué la edad de las impresiones: ante su turbada vista ofrecióse el libro maravilloso de la creacion, sublime como sus brillantes páginas, y eterno como el espíritu inmortal que le dió vida. Sus variados y repetidos fenómenos, esos rasgos admirables de suprema grandeza, impresionaron vivamente sus órganos, y postraron al hombre en el abatimiento profundo ó en la más conmovedora alegría. Juguete de sus sentidos, como pluma que lleva el viento, apenas podía detenerse en meditar brevísimos instantes sobre el infinito número de fenómenos que á su vista, y á todas horas, la próspera naturaleza le ofrecia.

Y era preciso que el sér humano expresase de alguna manera la alegría de su corazón ó el abatimiento de su espíritu; era necesario que, al recorrer la multiplicada escala de sus impresiones, buscara también dulces cadencias, bellas armonías entre la grandeza del sentimiento y la sublime inspiración del alma; entre el poderoso aliento del espíritu y los conmovedores y profundos afectos de su sensible corazón.

El canto de las aves, sus dulces y armoniosos trinos, sus amantes gorgeos, debieron herir delicadamente su oído: hasta el susurro de la fuente, al resbalar sus cristalinas aguas entre limpia y menuda arena, y las agitadas alas del viento, al cruzar por el bosque, llenando el espacio de tristes y melancólicos gemidos, debieron, sin duda alguna, inflamar su pecho y alentar su alma para cantar, ébrio de alegría, las glorias de la Creación.

La propensión natural del hombre á imitar, y su constante deseo de que sus obras, como límite de perfección, se aproximen á las del Sér Supremo, Autor de todo lo creado, le llevaron insensiblemente, y como de la mano, á copiar cuanto sus ojos veían, á expresar lo que se dibujaba en su alma, á amar ó aborrecer lo que, en uno ó en otro sentido, afectaba á su pecho.

La melodía, pues, debió buscar sus acentos y las diferentes modulaciones de la voz humana en la variedad y suavidad del canto de las aves. ¿Quién no ha escuchado con infantil alegría, con inocente placer, en una bella mañana de primavera, el concierto bullicioso, el incesante piar y músico gorgo de pintados y hermosos pajarillos que, con dulces y amorosos trinos, revoloteando de alegría, y saltando de rama en rama, saludan á la aurora, en tanto que el sol naciente despide sus rayos partidos en hebras de oro por entre el verde follaje, hiriendo con sus finísimas puntas las trémulas gotas de rocío y el matizado cáliz de las flores? ¿Quién no ha sentido dentro de su alma, al escuchar sus sonoros cantos, los dulcísimos acentos de sus arpadas lenguas, una emoción de inexplicable alegría, esa bendita tranquilidad del alma que nos enajena y encanta, que nos arroba y transporta á un mundo superior de purísimos goces, de celestiales dichas?

Fácil es adivinar la tierna expresión que produjera á las humanas criaturas un espectáculo tan admirable y conmovedor. Al apli-

car su despierto oído, debieron intentar, acaso en vano, reproducir con la voz, por medio de diversas inflexiones, el armonioso canto de las aves; y, si no lograron su deseo, procuraron, al menos, dar suelta á la poesía del sentimiento, á las explosiones del alma, á los acentos sagrados de su corazón.

Bajo este concepto, la música reconoce un origen elevadísimo, grande, sublime, y tan lejano como los primeros días de la tierra.

El canto ha nacido con el hombre; testimonios irrecusables de esta verdad nos ofrecen hasta los pueblos más groseros y salvajes.

La poesía, la música y la danza fueron, por muchos siglos, las principales, por no decir las únicas diversiones de los pueblos.

Estas tres formas, digámoslo así, de manifestar los sentimientos del alma, han constituido siempre una parte muy esencial de los regocijos públicos, y de las ceremonias consagradas al culto de la Divinidad.

Cuando el ánimo se halla vivamente impresionado por un acontecimiento extraordinario, el alma siente una verdadera necesidad de expresar con dulces acentos sus emociones, de significar, bajo una forma delicada, sus tiernísimos sentimientos.

Y en vano el hombre, en las grandes impresiones, pretende manifestar sus afectos, la pena que le ahoga ó la suprema alegría que le exalta, por medio de palabras fuertes ó términos expresivos, pues la pintura será pálida, débiles los colores, y el cuadro harto pobre para descubrir en él todo el fuego de la pasión, la luz que guía el alma, la llama ardiente en que se abrasa el pecho. No bastan ciertamente las palabras, ni las frases más bellas, para expresar, con la viveza y animación del espíritu, la fuerza expansiva de los sentimientos.

Así se observa que los pueblos, desde su origen, para conmemorar sus grandes y más notables acontecimientos, compusieron poéticas canciones, especie de poemas en los que conservaban la tradición histórica de todos los sucesos.

La fuente pura de la poesía y de la música se encuentra en el corazón del hombre enajenado, del ser agradecido que reconoce y adora al Omnipotente en los innumerables prodigios de la naturaleza, en sus soberbias obras, en sus gigantescas y magníficas concepciones. No desmiente nuestra opinión el que la razón humana haya permanecido, durante muchos siglos, velada por la ignorancia; sin descubrir ese Supremo Sér que dió vida, única Divinidad á quien debía consagrar todo su cariño, su profundo amor y reconocimiento en medio de sus vacilaciones é infinitos errores, reconoció una gran verdad, porque, á pesar de sus dudas y ridículas extravagancias, sintió un vivo y constante deseo de tributar á Dios el sincero homenaje de su gratitud eterna.

Por eso hemos dicho que la fuente donde bebió la música sus primeras inspiraciones fué el sentimiento de lo bello, de lo grande y maravilloso; por eso ennoblece, eleva y da dignidad al alma; por eso despierta en nuestro pecho las dulces emociones, los acentos

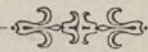
tiernos, los generosos arranques, los más sublimes rasgos.

La música, con sus melodías, con sus suaves y dulces cadencias, con ese ritmo sagrado y conmovedor, excita delicadamente nuestra sensibilidad, educando el sentimiento moral hasta un grado tan poderoso de mágica influencia, que llegan á transformarse en suaves y dulces, en expansivos y tiernos, los caracteres más ásperos y sombríos, más salvajes y feroces.

¿Cómo no hemos de recordar á la niñez un estudio, para el que tanto se presta su delicada organización?

Conságrense las niñas á tan agradable tarea; gocen de sus inocentes y dulcísimas distracciones, y no teman que por ese camino lleguen al término fatal á que conducen otras extraviadas sendas, por donde se tropieza, cuando menos, con ridículos ó frívolos pasatiempos.

DOMINGO FERNANDEZ ARREA



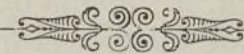
EL JACO DE D. QUIJOTE

Á LA NIÑA MATILDE DOMINGO Y TRIGO

Sin ser un caballo bueno
por su sangre ó por su estampa,
antes al contrario, feo,
viejo, de muy poca alzada,
causó risa *Rocinante*
en los campos de la Mancha;
pero su gloria hoy se vé
por Europa celebrada.

No desprecieis nunca, niños,
á los hombres por su facha,
que tal vez vuestra opinión
no se halle justificada.

MANUEL LOPEZ CALVO



ENCICLOPEDIA INFANTIL

EL VIEJO MOISÉS.—UN PARTE TELEGRÁFICO.—UN GÉNIO
MISTERIOSO.—GRAN EXÁMEN.—PROFUNDIDAD DEL
NIÁGARA

El Viejo Moisés

Ha sido descubierto en California, «el árbol más antiguo del mundo,» según un periódico americano.

Y son curiosos los siguientes detalles:

«Este gigante prodigioso de la naturaleza ha sido descubierto en 1874 en un bosque de California, no lejos del río Rula, á 75 millas de Visalia: su copa hacia mucho tiempo que la habían cortado, y aunque el diámetro de la sección medía 12 pies, la altura del árbol cuando se le halló era de 240 pies: solamente su tronco mide 111 pies. Este rey de los bosques es conocido con el nombre de «Viejo Moisés,» según la inscripción grabada sobre una roca que estaba cerca del árbol. Se calcula su edad en 4840 años, y es el árbol más grande que hasta aquí se ha descubierto. El hueco del tronco tiene 75 pies de circunferencia y 25 de diámetro; en él se ha establecido un salón capaz para 150 personas, hállese tapizado, y el mueblaje consiste en un piano, un sofá, mesas y sillas. Las paredes están adornadas con vistas de California. El público tiene libre ingreso al interior del árbol.»

Un parte telegráfico

En el récio de una epidemia escribió el alcalde de un pueblo al gobernador de la provincia, exponiéndole la triste situación de

sus administrados, y rogándole que telegráficamente le comunicara las medidas que en aquellos momentos de apuro debía adoptar.

Contestóle el gobernador:

«Por de pronto, apelar á todos los medios oportunos, etc.»

El alcalde quiso leer el despacho por sí mismo, y como no era muy avisado, leyó:

«Por de pronto, apalea á todos los médicos por tunos.»

No quiso leer más, y dando una palmada, exclamó:

—¡Qué bien hizo en fugarse el único que teníamos! Si no hubiese escapado ayer, se chupa una paliza que había de dejar contento á S. E.

Un génio misterioso

Noches pasadas, en uno de los principales cafés de Milán, entró un pobre anciano ciego, que con mano trémula se puso á tocar en el violín el ária de la *Norma*. Entre los concurrentes había algunos individuos que jugaban á los naipes, y á los cuales la música belliniana no hacía gracia en aquel momento, sea por las notas discordantes, ó por el mal humor del juego.

Algunos empezaron á gritar ¡fuera!

El pobre viejo, con las lágrimas en los ojos, dejó caer los brazos y se disponía á salir, cuando un caballero que había asistido en silencio á aquella escena, le detuvo suavemente por el brazo, y le dijo:

—Buen anciano, dadme vuestro violín, poned vuestro sombrero en tierra, en medio de la sala, así. Y luego, cogiendo el violín, se puso á tocar.

A los primeros golpes del arco, ejecutados magistralmente, siguió un religioso silencio. Todas las miradas se fijaron en el improvisado ejecutante; todos los concurrentes, maravillados, quedaron pendientes, con la boca abierta, del mágico sonido de aquella música embriagadora de suavidad y de dulzura, que brotaba de los dedos de aquel desconocido.

Tocó el rondó de la *Ceneréntola*, luego un ária de la *Norma*, la misma que quiso ejecutar el viejo, y por último, el final del acto segundo de la *Traviata*.

El público, conmovido, entusiasmado, electrizado, prorrumpió en aplausos, y el sombrero del pobre anciano llenóse instantáneamente de monedas.

El desconocido estrechó la mano al viejo, saludó á la sociedad y desapareció. ¿Quién era? Nadie lo sabe; pero todos convinieron en que era un hombre de bien y un artista sobresaliente.

Gran examen

Se examinaba de latín un muchacho, que no lo había estudiado. Un tío suyo, que formaba parte del tribunal, le había dicho:

—No tengas miedo, y mírame á cada pregunta, que yo te indicaré de una manera ó de otra lo que debes de contestar.

Preguntado por uno de los examinadores, qué significaba la palabra *ego* (yo), miró á su tío que estaba dándose repetidos golpes en el pecho, y contestó lleno de satisfacción:

—El chaleco de mi tío.

Profundidad del Niágara

Ingenieros americanos han conseguido medir la profundidad de las aguas al pié de las cataratas del Niágara. Hasta ahora había sido imposible esa operación, á causa de la rapidéz de la corriente. Salieron en una barca de la orilla americana y llegaron cerca de la catarata, inundando la embarcación una verdadera lluvia ó más bien enormes chorros de agua, que oscurecían la vista, y era tal el ruido, que no se oía voz alguna. Cerca de la orilla, la sonda dió 83 piés y la mayor profundidad medida llegó á 210 piés.

TEATROS

Yo amo la música.

Esas dulces cadencias que nos hacen llorar, no son ni pueden ser otra cosa, que suspiros escapados del pecho de un ángel.

Y si esos trinos se oyen á una artista como la Nilsson, entonces son más, mucho más que quejas apasionadas de un hada: son... las delicias del cielo.

Mignon es el espectáculo de la quincena en nuestro teatro de la Opera.

Mignon, pobre niña sin amparo y sin hogar, me hace sentir lo increíble, cuando es interpretada por la Nilsson.

Yo la admiro, y, puesto que todas sois mis amigas, os diré en confianza que... la envidio.

Pero, para que no faltara colorido al cuadro, hubo su claro-oscuro correspondiente: dos lunares muy pronunciados: el tenor Westberg y la Srta. Torrosella.

En música, como en todo, existen los contrastes.

He asistido en la Comedia á la *matinée*, que, aunque algo atrasada, tuvo lugar el día 4, á beneficio de las señoras que forman la compañía de dicho coliseo.

Se estrenaba un drama trágico-romántico en un acto y en verso, titulado *Amor, parentesco y guerra, ó el medallón de topacios*.

La obra, original de los Sres. Aza y Estremera, mis compañeros de colaboración en esta Revista, llenó su objeto: hacer reír.

Las actrices vistieron traje de hombre, como es casi de rigor en esta clase de funciones.

No lo hicieron mal, pero, tal vez sea aprensión mía lo que voy á decir.

Creo que, ni aún en las tablas, se debe menoscabar nuestro sexo, ni en lo más mínimo.

Por lo demás, las Sras. Valverde y Tubau estuvieron inimitables, y la Srta. Gorriz brillantísima en la romanza de *Las Golondrinas*.

Romea, convertido en maestro *Faccia*, y blandiendo la batuta como un sable, me hizo recordar ciertos momentos en que se ve algo muy parecido en la orquesta del Real.

Para inocentada, pudo pasar todo.

Con el nombre de *La infantería de marina*, se estrenó el lunes 8 en Apolo, una pieza en un acto. La Hija muy bien; y Albarrán lo mismo.

El Español, cumpliendo con un deber de gratitud y de patriotismo, puso en escena *El tanto por ciento* del inolvidable Ayala.

Creo, mis queridas lectoras, que todas conoceréis la obra maestra de nuestro malogrado ingenio, y por eso me abstengo de decir algo acerca de ella.

Involuntariamente recordé aquello de

*Tantos hombres sin empleo,
tantos empleos sin hombre.*

Es preciso que se convenzan ciertas inteligencias, de que las obras de gran talla necesitan intérpretes de primer orden; lo demás, será representar parodias desnaturalizadas.

La tela de araña, se cantó como novedad en la Zarzuela, con mucha originalidad y gracia.

La Srta. Soler di Franco demostró una vez más su elegante escuela de canto y mereció justísimos aplausos.

Los demás teatros lo mismo.

Luján, haciéndome reír mucho en Variedades.

ADELINA MARK

BIBLIOGRAFÍA

Nuestro querido amigo, el reputado arquitecto don Miguel Martínez Ginesta, cuyas obras son conocidas de todos los amantes del embellecimiento, higiene y ornato públicos, ha comenzado á publicar una nueva titulada *Madrid moderno*, dedicada á fomentar las reformas de la capital de España.

El nombre del Sr. Ginesta, puesto á la cabeza de una obra de este género, es lo suficiente para que nuestros lectores vengán en conocimiento de la utilidad é importancia de los trabajos que en la misma han de ver la luz pública.

Los cuadernos primero y segundo, que tenemos á la vista, son del tamaño fólío, con texto de 16 columnas cada uno, acompañando asimismo una preciosa lámina, doble fólío, que representa al flmo. Sr. D. Mariano Monasterio, célebre constructor, el establecimiento artístico de objetos de metal blanco de don

Leoncio Meneses, el autor de la obra D. Miguel Martínez Ginesta y el plano de Madrid moderno, con autógrafos de los célebres arquitectos D. Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva.

Lo instructivo y ameno de sus páginas nos hacen creer que la obra indicada ha de figurar ventajosamente en la Biblioteca, tanto del establecimiento oficial, como del propietario y del industrial, teniendo en cuenta lo módico del precio, que es solo cuatro reales al mes en Madrid y 16 trimestre en provincias, suscribiéndose en las principales librerías.

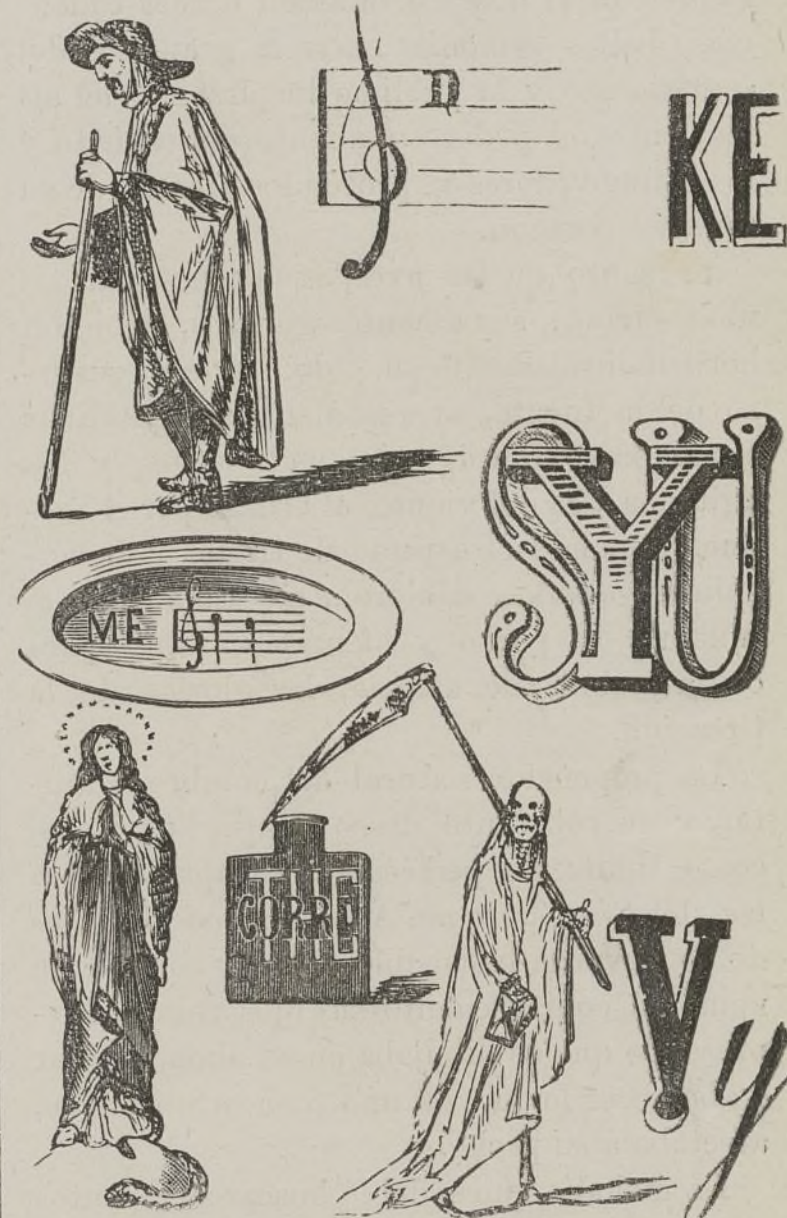
Felicitemos al Sr. Martínez Ginesta por su producción y le auguramos desde luego un resultado favorable en la loable empresa que ha emprendido.

CHARADA

*Erima dos al niño cuida,
y tres es música nota;
el todo un genio denota,
que ya pasó á la otra vida.*

La solución en el próximo número.

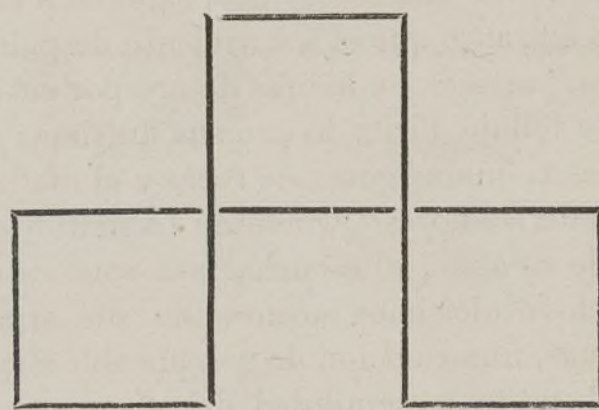
JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

Nuestras aventajadas y discretas suscriptoras de esta Corte, las niñas Teresa y Encarnación de Granda, nos han remitido las siguientes soluciones á la charada y problema insertos en el número anterior:

*Si segunda tres es rada
y racha la dos primera,
sin duda que ve cualquiera
el todo de la Charada.*



Solución al jeroglífico del número anterior:

*En este mundo nos labra,
á veces desde la cuna,
el camino la fortuna.*

R. Velasco, impreso, Rubio 20, Madrid